

SJOBERG, Laura, y GENTRY, Caron E., *Beyond Mothers, Monsters, Whores. Thinking About Women’s Violence In Global Politics*, Zed Books, Londres, 2015, pp.200

VICTORIA SILVA SÁNCHEZ*

En esta obra, Laura Sjoberg y Caron E. Gentry continúan el trabajo que iniciaron con el primer volumen: *Mothers, Monsters, Whores: Women’s violence in global politics*, centrado en estudiar la violencia de las mujeres en la política global, con el objetivo de determinar qué significa dicha violencia respecto a la percepción de las mujeres en la política global y respecto de las teorías feministas de los roles de la mujer en las relaciones internacionales. En este sentido, su obra se caracteriza por arrojar luz sobre la participación de la mujer en la violencia política como agentes violentos, utilizando el género como una categoría analítica.

La percepción de la mujer como un agente violento se opone a la imagen tradicional de la mujer como pura, maternal, inocente y emocional, pero también a una escuela feminista que considera a la mujer incapaz de perpetrar una violencia considerada eminentemente masculina. Pese a ello, esta violencia “femenina” es retratada públicamente de una manera que las autoras consideran no neutra sexualmente, resultando en el cuestionamiento de la identidad como mujer de las mujeres violentas. Como señalan las autoras, “en otras palabras, han fallado como miembros de la

sociedad y como mujeres”¹.

Esta representación obvia el hecho de que las mujeres son capaces de perpetrar violencia al igual que los hombres. También obvia el hecho de que las mujeres cometen violencia política por una serie de razones estratégicas, ideológicas y agravios individuales y colectivos de la misma manera que sus contrapartes hombres. Por ello, aunque “no existe una diferencia fundamental entre la violencia cometida por hombres y por mujeres, las lentes de género identifican tanto la naturaleza sexista de las teorías de la violencia individual como los factores sexistas que contribuyen a las acciones violentas de los individuos”². Desde Chechenia a Palestina, pasando por las mujeres de Al-Qaeda, Darfur, Ruanda y la antigua Yugoslavia, estas lentes de género identifican la representación que los medios de comunicación, la academia y el estamento político han realizado de las mujeres que deciden tomar parte en la violencia política.

Sjoberg y Gentry, a lo largo de la obra, ponen de manifiesto, en primer lugar, el carácter sexista de las teorías que han intentado explicar la

*** Victoria SILVA SÁNCHEZ,** Periodista con especialización en Seguridad Internacional, mundo árabe y musulmán/África, redactora en Baab Al Shams, United Explanations, Mediterranean Affairs, Esglobal, Africaye y colaboradora de IECAH (Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Humanitaria). Máster en Relaciones Internacionales y Estudios Africanos por la UAM y máster en Paz, Seguridad y Defensa por la IUGM.

¹ SJOBERG, Laura, y GENTRY, Caron E., *Beyond mothers, monsters, whores: thinking about women’s violence in global politics*, Zed Books, Londres, 2015, p. 3.

² *Ibidem*.

participación de los individuos en la violencia política y cómo éstas son incapaces de explicar por qué las mujeres toman parte de esta violencia, incluso cuando dichas teorías se declaran neutrales respecto al género. Posteriormente, exponen una serie de narrativas que capturan la representación de las mujeres que perpetran violencia política como seres desprovistos de agencia propia y capacidad de toma de decisiones, contribuyendo así a la perpetuación de los estereotipos de género y la subordinación de la mujer.

En este sentido, las autoras sostienen que la violencia política masculina ha sido normalizada mientras que la violencia perpetrada por mujeres se contempla como una excepción dentro de lo que la imposición de género "mujer" considera normal. Para las autoras resulta imposible entender la violencia política de las mujeres mientras ésta no sea entendida como violencia *per se*, y cualquier teoría que estudie la violencia como tal y la violencia perpetrada por las mujeres de forma separada es incompleta cuanto menos, si no equivocada. Para ilustrar esta postura, Sjoberg y Gentry analizan varias de las teorías más extendidas que explican la violencia política, concluyendo que la mayoría de ellas son incapaces de acomodar la violencia perpetrada por mujeres. Ello se debe a dos razones: en primer lugar, porque excluyen explícita o implícitamente esta violencia; y en segundo lugar, porque el sujeto de atención sigue siendo un hombre y la mujer es un mero añadido que pone de manifiesto la omisión de la violencia perpetrada por mujeres y convierte a las teorías en inadecuadas para explicar la violencia política en sentido amplio.

Entre las teorías que se presentan como neutras respecto al género se encuentran la de la elección racional

(*Rational Choice*) y la de la radicalización. Ambas, en su pretendida neutralidad, obvian la violencia perpetrada por mujeres estableciendo un modelo masculino y perpetuando estereotipos de género. Entre las teorías explícitamente sexistas se cuentan la teoría evolucionista, que sostiene que el terrorismo suicida está motivado por la falta de mujeres en las sociedades islámicas; la teoría psicoanalítica, basada en la diferencia entre el hombre (pulsión de muerte) y la mujer (pulsión de vida); la teoría del aprendizaje social, que separa el estudio de la criminalidad de hombres y mujeres al basarse en nociones esencialistas sobre lo que es ser hombre y ser mujer; y la teoría narcisista. Finalmente, entre las teorías que abordan la violencia perpetrada por mujeres de forma específica, éstas se encuentran plagadas de estereotipos de género y separan la violencia cometida por mujeres y la cometida por hombres, constituyendo explicaciones parciales y erróneas de la violencia perpetrada tanto por hombres como por mujeres y, consiguientemente, de la violencia *per se*.

Estas aproximaciones teóricas y su consiguiente representación de la violencia perpetrada por mujeres como desviada y no natural, puede ser rastreada a lo largo de un amplio espectro en los medios de comunicación, en la producción académica y en la postura de los representantes políticos, así como en las consecuencias que para la vida diaria de las mujeres tiene esta representación en la política global. Sjoberg y Gentry identifican tres narrativas a través de las cuales la participación de las mujeres en la violencia política es representada, con independencia de que dichas mujeres no tengan nada en común.

La primera narrativa es la de la "madre" (*mother*), que se divide en dos vertientes distintas: en primer lugar, la mujer

que actúa como un rol de apoyo, derivado de su tradicional rol como cuidadora, por ejemplo, el papel de las mujeres de Al-Qaeda como productoras de futuros yihadistas; en segundo lugar, la madre vengativa, movida por la venganza y las emociones, como en el caso de las mujeres palestinas, que realizarían operaciones de martirio motivadas por la pérdida de seres queridos. Ambas son perdonadas en su desviación violenta, pues en realidad su actuación se debe a condicionantes biológicos que empujan a la mujer a actuar de forma violenta para proteger a los demás y por el dolor causado por la pérdida de los seres queridos.

La segunda narrativa es la del "monstruo" (*monster*), que considera la violencia de la mujer como el fruto de un fallo biológico que provoca una desviación patológica que impulsa a las mujeres a desviarse de lo que por naturaleza se considera ser una mujer. Las mujeres que participan en la violencia son descritas como seres monstruosos, incapaces de compasión, con una violencia extrema y más destructiva que la perpetrada por los hombres. En resumen, son inhumanas. Ejemplos de esta narrativa son las "viudas negras" chechenas, caracterizadas como inhumanas y sedientas de venganza y, en algunos casos, como zombis. Sin embargo, esta violencia también es condonada por el hecho de ser causada por fallos mentales, que desvían a las mujeres de su naturaleza pacífica.

La tercera narrativa es la de la "desviación sexual" (*whore*), que puede ser entendida de distintas formas: bien como una sexualidad descontrolada y extrema, bien como una incapacidad sexual que inhibe el cumplimiento de su función de mujer, o bien como la esclavitud sexual, que describe a las mujeres como manipuladas y

sometidas por los hombres. Esta narrativa explica la violencia de las mujeres como "mujeres fatales" (como en el caso de la militante palestina Leila Khaled), venganza por despecho (por ejemplo, las suicidas palestinas que realizarían operaciones de martirio para limpiar su honor o por su incapacidad de tener una relación amorosa), o la completa sumisión al hombre (entre otros casos, las esclavas de Daesh y mujeres de Daesh, que se habrían unido a la organización debido a la manipulación realizada, principalmente, a través de redes sociales).

Estas tres narrativas ponen de manifiesto la insistencia en negar la participación de la mujer en la violencia política como fruto de una decisión propia y en describir a las mismas como víctimas de la manipulación y el lavado de cerebro. Además, contribuyen a perpetuar la imagen negativa de las mujeres que perpetran violencia política al contraponerlas a un modelo ideal de "mujer" del cual las mismas se habrían desviado.

Sjoberg y Gentry proponen una explicación alternativa de la violencia que ponga en el centro la agencia del individuo, pero sin entender ésta como algo completamente independiente del ambiente que la rodea, lo que las autoras denominan "autonomía relacional". Tal y como las autoras apuntan, "no defendemos que las mujeres eligen de forma completamente independiente llevar a cabo violencia política, sino que ninguna elección de llevar a cabo violencia política es completamente independiente, y la cuestión interesante es el contexto en el que elecciones interdependientes son tomadas"³.

Las autoras concluyen apuntando lo

³ *Ibid.*, p. 15.

equivocado de preguntar por la participación de las mujeres en la violencia política como algo distinto de la participación de las personas en la violencia política. Como consecuencia, la mayoría de teorías que explican la participación en la violencia política no pueden explicar la participación de las mujeres en la misma al basarse en nociones esencialistas y equivocadas del género. Por ello proponen una tercera vía basada en un cambio del marco de análisis de la violencia política, que permita entender el género como algo en constante evolución y que influye en la participación en la violencia política. Esta autonomía relacional pone de manifiesto las constantes interdependencias, intersubjetividades e incompleta independencia de los sujetos a la hora de tomar decisiones, incluyendo su participación en la violencia política. Sjoberg y Gentry llaman a impulsar el análisis de género a esta dimensión de la política global, como ya viene haciendo la teoría feminista desde hace décadas.

La obra de Sjoberg y Gentry es una importante contribución al estudio del feminismo en las relaciones internacionales, continuando una línea ya iniciada anteriormente con otras obras como *Women, Gender and Terrorism*, o *Mothers, Monsters, Whores: Women's Violence in Global Politics*. Asimismo, supone una necesaria contribución a la escuela crítica sobre violencia política, terrorismo y el papel de la mujer en dicha violencia.

Uno de los puntos fuertes de la misma es que, a partir de un gran análisis teórico, las autoras construyen una teoría sobre la interpretación del rol de la mujer en la violencia política. La obra permite, a través de las tres narrativas que exponen esta participación, comprobar cómo las mujeres que participan en violencia política son descritas a través de prismas

estereotipados que, por un lado, nos dicen muy poco sobre los motivos por los cuales dichas mujeres deciden tomar parte en la violencia y, por otro lado, contribuyen a oscurecer el estudio de la violencia política en su conjunto al mantener a ciertos sujetos violentos en una posición subyugada. Estas tres narrativas son un instrumento muy útil para el investigador a la hora de poner de manifiesto las carencias de la investigación actual sobre violencia política y la participación de las mujeres en la misma.

El investigador también podría preguntarse si estas tres narrativas son las únicas en las que las mujeres como agentes violentos son explicadas, o si existen otras que también podrían poner de manifiesto aspectos obviados en las abordadas por Sjoberg y Gentry. Quizá el estudio de otros casos específicos arrojaría factores sexistas adicionales a esta descripción.

En todo caso, se puede afirmar que la obra constituye una resistencia frente a explicaciones de la violencia política y del papel de la mujer en esta violencia que ponen el énfasis en explicaciones psicológicas, biológicas y en percepciones del género estereotipadas, al tiempo que apuesta por un análisis alternativo de los agentes violentos en el que el género es un factor fundamental a la hora de participar en la violencia política. ●